

EMIGRANTES Y COMERCIO DE LIBROS EN EL VIRREINATO DEL PERÚ

Por : **Carlo Alberto González Sánchez**

Licenciado y Docente en Historia de la Universidad de Sevilla (España)

Artículo publicado en la Revista: Archivo General de la Nación, N°27, 1993.

Resumen:

Estudio detallado sobre el comercio de libros durante la época colonial. Se precisan aspectos pocos conocidos sobre las modalidades de su comercialización, tipo de lectura predominante en la época, librerías, y colecciones destacados.

Aventureros y comerciantes

Entre las actividades laborales que mayores beneficios reportaron a los españoles residentes en el Nuevo Mundo a lo largo de la Edad Moderna, el tráfico de mercancías tal vez fuera la principal. No tuvo que transcurrir mucho tiempo desde el Descubrimiento para que América se transformara en un área comercial de primer orden, no tanto por el volumen de las transacciones, según los especialistas inferior al que España mantenía con el Norte de Europa⁽¹⁾, sí por las extraordinarias ganancias que generaba. La actividad mercantil pasó a ser el verdadero tesoro de las Indias y no los pretendidos lugares míticos. Esta circunstancia propició que un importante sector de los emigrantes peninsulares de los siglos XVI y XVII, deseosos de fortuna y ante el escaso margen de acción laboral que encontraron, terminaran ejerciendo el comercio, en una América cuyos recursos más rentables estaban repartidos entre los descendientes de los conquistadores y primeros pobladores. Normalmente, para el común de los inmigrantes, la solución estuvo en un tráfico menor, casi siempre de carácter ambulante, en las ciudades y pueblos de indios del Nuevo Continente⁽²⁾, quedando el comercio de cierta envergadura para los cualificados

profesionalmente. Ahora bien, no sólo el aventurero hizo de ambulante, mercachifle o tratante(3), prácticamente todos los estratos sociales de las Indias vieron en el comercio un empleo adicional y lucrativo; desde el virrey al fraile, pasando por encomenderos, funcionarios y profesionales, dedicaron parte de su tiempo al negocio, ya fuera en su área intercontinental o en los activos circuitos regionales y locales articulados en la época colonial. De ahí que M. Mörner estime que el comercio en Indias no conllevara unas connotaciones sociales tan negativas como en la Península, aunque el tendero hacía bien en no atender personalmente a sus clientes(4). A la par, el abultado número de licencias de embarque concedidas a mercaderes, para estancias temporales o duraderas, viene a corroborar la tendencia.

Acicates y factores esenciales del fenómeno fueron dos elementos existentes desde el principio en las colonias americanas; primero, uno fundamental: la existencia de una demanda, a pesar de sus distintas coyunturas, continua y en ascenso. El hecho de asentarse al otro lado del Atlántico una sección de la sociedad española, además de la asimilación cultural de una parte, aunque exigua, de la población autóctona y de la derivada del proceso de mezcla racial, constituyó el resorte de la demanda de productos europeos. En el mismo sentido contribuyó el argumento del teórico “pacto colonial” : la explotación de las colonias en beneficio exclusivo de la metrópoli, relegando a las primeras a productoras de materias primas; si bien, con el tiempo, debido a las distancias y a las coyunturas negativas de la Península, las Indias se irían haciendo más autosuficientes. En segundo lugar, la abundancia de metales preciosos, a un coste de producción muy bajo, garantizaba el logro de importantes beneficios(5).

Mercaderes de todo tipo hubo en Indias; pero dejando a un lado los estratos superiores vinculados directamente a la Carrera de Indias y a los monopolios conectados con los consulados, la mayor parte de ellos no ejercían en un ramo concreto, vendían lo que podían adquirir según su capacidad económica y de negocio. Ofertaban telas, quincallería, utilaje, libros, etc. A su vez todos dependían de los comerciantes españoles y extranjeros, quienes suministraban la mercancía mediante factores. Llegada la carga al puerto de destino, en una cadena de mayor a menor, era distribuida entre comerciantes, tenderos, ambulantes y todo aquel que estuviera interesado, organigrama que se reproduce en torno a los productos autóctonos; pero el núcleo originario surgía entre los encomenderos, hacendados, estancieros, chacareros y funcionarios(6).

Hubo un sector de la actividad que sí requirió una cierta experiencia, sobre todo en lo referente a la preparación intelectual del negociante, hablo del comercio de libros. Aunque los tratantes podían ofertar libros de rezo y literatura de cordel en general, lo mismo que otras menudencias siempre que repercutiera en ganancia, un comercio mayoritario, o exclusivo, en torno al libro no parece adecuarse al mínimo de formación cultural de aquellos aventureros. El conocimiento de la materia, ante todo estar al corriente de los gustos lectores y

de la demanda en cada momento, parece en principio la cualidad mínima exigida a los mercaderes de libros, lo que no implica unos caracteres específicos propios de la burguesía mercantil. Un librero también podía ser un ambulante e, igualmente, sin establecimiento ni lugar de residencia estables, intentaría hacer fortuna, como los demás, con dichos objetos.

- I. A. Leonard dejó bien claro el protagonismo del libro en la apertura del Nuevo Mundo⁽⁷⁾; el Descubrimiento y la Conquista deben tanto a sus artífices como a la letra impresa. Tampoco olvida dicho autor las importantes ganancias que el comercio de libros rindió desde los inicios de la colonización. No es otra m intención que seguir ahondando, y confirmando, en la línea de investigación que Leonard iniciara. Me propongo estudiar los bienes que dejaron al tiempo de morir dos españoles empeñados en la aventura americana a través de la venta de libros⁽⁸⁾. Los inventarios de sus posesiones nos ofrecen una interesante mercancía libraria ofertada en Lima durante el primer tercio del siglo XVII⁽⁹⁾. En la fecha, la capital del virreinato peruano había alcanzado la fisonomía propia de un gran centro cultural, el más importante del Nuevo Mundo, contando con universidad, imprenta y un importante número de clérigos, funcionarios y profesionales que promocionaban el mercado de lecturas de la ciudad; a decir de Leonard, de mayores dimensiones que el existente en muchas localidades españolas.

Dos librerías españolas

En el apasionante entramado de la historia de los libros y de las lecturas de los hombres de la Edad Moderna, la fuente documental básica ha sido el inventario de bienes, sobre todo “post mortem”, es decir, el confeccionado tras el óbito del titular. Dicho documento nos permite saber qué libros tenía, si tal era el caso, una persona al tiempo de morir, lo que no significa que fueran sus lecturas habituales. En todas las relaciones de libros podía haber alguno, o muchos, que su dueño nunca leyó; o por el contrario, no hacer mención de otros que sí hubiera leído, e incluso determinantes en su conducta lectora, que pudieron ser objeto de préstamos, pérdidas, consulta en una biblioteca o centro de estudios, etc. Otros libros que “desaparecen”, aunque no siempre, antes de ser inventariados son los que han sido objeto de prohibición por las autoridades civiles o religiosas.

Todas las circunstancias anteriores pueden alterar nuestras apreciaciones y conclusiones sobre la materia de forma considerable. Al mismo tiempo, el inventario permite su cuantificación y el trazado de su estructura sociológica, pero debemos tener presente que se realizaba a quien tenía hacienda que legar en herencia y, en el caso de los bienes de difuntos coloniales, a quien moría sin deudos ni parientes al otro lado del Atlántico, causas que dan un carácter sesgado a las muestras sociales obtenidas. Normalmente, en los inventarios peninsulares, no suelen aparecer entre sus titulares representantes

de los estratos más bajos de la población; no ocurre lo mismo con los difuntos en Indias sin herederos, aunque el sesgo viene condicionado por las características sociovitales de los inmigrantes, generalmente personas que no tienen la intención, o no les ha dado tiempo, de echar raíces con objeto de una estancia indefinida, aunque podían ser ricos o pobres⁽¹⁰⁾. Son frecuentes también los expedientes de mercaderes o factores de comerciantes que han realizado la travesía para concluir un negocio concreto y a los que sorprende la muerte antes de regresar a España. Como quiera, todas estas limitaciones de las fuentes han de tenerse en cuenta a la hora de sacar las conclusiones derivadas de su manejo⁽¹¹⁾.

Cuando tenemos la suerte de toparnos con el inventario de la mercancía de un librero-mercader o de un impresor las valoraciones son totalmente distintas. Aunque se le pueda hacer alguna objeción, el contenido del documento no responde tanto a los gustos de su dueño, factor que también puede ser decisivo, como a los cálculos de la demanda, a lo que se sabe que va a ser vendido y, por tanto, derivado de los gustos lectores o de lo que está bien poseer y aceptado en la comunidad donde se vive. No obstante, las pautas del negocio sueles traspasar el nivel de las conductas aceptables, siendo recuente el tráfico de libros considerados inmorales y hasta de títulos prohibidos y expurgados, hábilmente disimulados al celo inquisitorial con portadas falsas⁽¹²⁾.

En esta ocasión, fruto de la investigación que realicé con los bienes de difuntos, tengo la suerte de contar con dos inventarios de mercaderes de libros españoles localizados en Lima durante el primer tercio del siglo XVII, que pueden ser dos casos representativos de los emigrantes que pasaron a Indias con la intención de hacer fortuna a través de un ramo comercial tan sugerente para el mejor conocimiento del perfil cultural de la sociedad colonial. Su estudio tendrá una finalidad ambivalente, de un lado la caracterización de un determinado tipo de mercader, de otro dar rasgos del mundo lector. Al mismo tiempo seguimos insistiendo en otras líneas de indagación sobre la emigración a Indias.

De la vida y personalidad de los mercaderes en cuestión no es mucho lo que he podido averiguar, las noticias insertas en los expedientes no complacen del todo la curiosidad del investigador. Uno y otro tenían por nombres Pedro Durango de Espinosa y Cristóbal Hernández Galeas. El primero, Pedro Durango de Espinosa, nació en Jemenuño, localidad de la actual provincia de Segovia, en donde su padre era el sacristán y escribano. Hacia 1570, más o menos, se casó con una tal Isabel, dotada con 1.000 ducados en tierras de viñas, mujer con la que tuvo dos hijos, Francisco y Magdalena. Más tarde la familia se instala en Ubeda, donde uno de los hermanos de Pedro era canónigo. En Ubeda Pedro abrió una tienda para vender libros, especiería y mercería⁽¹³⁾, o sea, estaba vinculado al pequeño comercio de libros antes de emigrar. No sabemos qué motivos le impulsaron, hacia 1580, a tomar la decisión de pasar a Indias sin su mujer e hijos, aunque todo parece indicar que lo hiciera para probar fortuna en un ramo mercantil más o menos conocido,

supongo que alentado por las noticias de abultados beneficios y buenas oportunidades del negocio. Al final de su vida lo encontramos en Lima, ciudad en la que era conocido como Pedro Flecher y donde moriría en 1603, siendo enterrado, amortajado con el hábito de San Francisco, en la capilla de San Juan del convento de Santo Domingo.

En los documentos no hay mención de establecimiento concreto en el que Pedro Durango ejerciera su trabajo y, por ello, podríamos estar hablando de un tratante o bien de un factor de un comerciante de mayor rango. Ahora bien, el hecho de permanecer solo en Indias, unos 25 años, sin casa ni local que sepamos, y estar compuesta su hacienda por bienes fácilmente transportables, ropas y menaje, 4 esclavos y 3 mulas, que le ayudarían en el negocio, me inclina hacia la primera opción, es decir, un mercader ambulante sin residencia estable que no ha tenido la oportunidad de asentarse en un local concreto de alguna ciudad del virreinato, hecho que habría condicionado la llegada de su familia. Además, en el inventario de Pedro constan 1,197 libros y "*dos prensas con sus ingenios para el oficio*", artefacto este último que pudo haber empleado en el arte de la impresión o la encuadernación, pues, como se verá en el inventario de sus bienes, tenía obras sin encuadernar. Insisto en el hecho de movernos entre silencios documentales y no con datos que corroboren algunas de las hipótesis anteriores; en próximas investigaciones intentaremos alumbrar los interrogantes.

Una vez vendidos los bienes en almoneda, los libros en conjunto al precio de 409 pesos, los oficiales del Juzgado de Bienes de Difuntos procedieron a la repatriación de 2.039,5 pesos, depositados en la Casa de la Contratación en 1606. El numerario iba dirigido a su mujer e hijos, a quienes Pedro dejó como herederos legítimos en el testamento que dictó antes de morir en Lima⁽¹⁴⁾.

A Cristóbal Hernández Galeas lo conocemos peor, entre otras razones porque murió abintestado. Sabemos que nació en Extremadura, concretamente en Jerez de los Caballeros, población con un considerable saldo migratorio al Nuevo Mundo durante los siglos XVI y XVII⁽¹⁵⁾. La muerte repentina de este personaje nos aclara algo más de su vida. Una mañana del mes de diciembre de 1619 lo hallaron muerto en una tienda que tenía alquilada en la calle de los ropavejeros de Lima, junto a la Iglesia Mayor, habitáculo que le servía de vivienda. Por ello, cuando le hicieron inventario sólo hallaron ropas, un colchón, algo de menaje y mercancía compuesta de 1.763 libros y miles de estampas de imágenes, rosarios y crucifijos de bronce. Vendida su hacienda, la mercadería a cambio de 500 pesos, y pagadas las deudas y gastos de entierro y funeral, se enviaron a España 3.627 pesos, llegados a Sevilla en 1620. Dichos bienes los reclamaron sus tíos y primos, pues era soltero, pero el cobro tardó en hacerse efectivo al no existir declaraciones de última voluntad, llegando a ser realidad en 1622⁽¹⁶⁾.

Cristóbal Hernández era un mercader de cajón, poco más que un tratante o mercachifle y con unas circunstancias sociovitales muy parecidas a las de

Pedro Durango, dedicado también a la venta, aunque de forma complementaria, de ropas y quincallería como dejan ver los papeles de su expediente. En una declaración de testigo se dice que su tienda era un cajón, local portátil de madera instalado en las plazas y alrededores de las ciudades, una modalidad muy extendida en el mundo urbano colonial⁽¹⁷⁾. Por tanto, estos dos casos son ejemplos representativos de ese comercio menor de las Indias que tantas posibilidades abrió a los emigrantes españoles, fueran mercaderes o no. La realidad comercial del Nuevo Mundo, basada en monopolios, dejó escaso margen de acción a los comerciantes no matriculados, los de menor volumen de negocios en los consulados de las grandes ciudades. Conocemos los esfuerzos del Consulado de Lima, al que pertenecían los mayores tenderos, para eliminar la competencia de los ambulantes⁽¹⁸⁾. Por otro lado, la condición de mercachifle necesariamente no es equiparable a un nivel económico bajo y aunque no sea el caso de los nuestros, hubo quienes en este ramo hicieron grandes fortunas⁽¹⁹⁾.

Libros de mercado

Vayamos ahora con la mercadería. De entrada destaca el volumen, ambos inventarios suman un total de 2.930 libros, 1.197 y 1.763 respectivamente, una cantidad nada despreciable y de una estimación más alta según el perfil de los mercaderes en estudio. No obstante, será conveniente saber cuál es la línea temática que ofertaban, variable que nos llevará a otras conclusiones. Si empezamos con la mercancía de Pedro Durango, salta a la vista una apreciación de interés, pues el 88,4% (1.058) de sus 1.197 libros corresponden a temas laicos, mientras que tan sólo el 11,6% (139) son de contenido religioso. Las proporciones invierten la tendencia de lo que suele ser habitual, el predominio abrumador de la temática religiosa⁽²⁰⁾. En principio, las cifras podrían indicar una cierta especialización de la mercancía ofertada y no el efecto inmediato de la demanda; pero dejemos estas consideraciones para más adelante. La clasificación temática resulta del modo siguiente:

CLASIFICACIÓN LIBROS DE PEDRO DURANGO

LAICA

Temática	No. Libros	% Sobre total
Literatura	156	13
Historia	753	63
Clásicos	14	1,1
Ciencia	18	1,5
Jurídica	4	0,3
Gramática	50	4,1
Música	14	1,1
Política	5	0,4
Varios	58	4,8

RELIGIOSA

Hagiografía	14	1,1
Espiritual	58	4,8
Cristo y Virgen	11	0,9
Escolástica	7	0,5
Varios	35	2,9
Total:	1.197	100

La temática laica está compuesta por 9 apartados, mientras que el capítulo religioso sólo consta de 5. Por tanto, la primera además de contar con un volumen mucho mayor de libros está a la vez más diversificada. El apartado de historia y literatura representan el 76% (909 libros) del total inventariado, una tendencia que no suele ser la normal en las bibliotecas de la época que conocemos, en las que resulta prioritario, dentro de la temática laica y condicionado por la estructura socioprofesional dominante, gramática, jurisprudencia, política y clásicos(21). En el apartado religioso va la preferencia de los géneros espiritual y hagiográfico. De cualquier modo, independientemente de la especialización del mercader, lo que figura en el inventario está allí porque se sabe que va a ser vendido, o sea, había una demanda real de los géneros aquí relacionados; I. A. Leonard ya nos avisaba, con un estudio en profundidad, de los gustos por la literatura de ficción y por la historia en la sociedad colonial. Veamos qué ocurre con las reservas del otro mercader.

Cristóbal Hernández tenía en su tienda al tiempo de morir 1.763 libros, de los que el 58.2% (1.026) corresponden a contenidos religiosos y el 41,8% (737) a laicos; no obstante, la distancia entre los dos bloques no es de una proporción destacada, prácticamente se igualan, pero esta vez la temática religiosa aparece con una diversificación mayor.

CLASIFICACIÓN LIBROS DE CRISTÓBAL HERNÁNDEZ RELIGIOSA

Temática	No. Libros	% Sobre total
Sermones	11	0,6
Cánones	12	0,6
Patrística	16	0,9
Hagiografía	70	4
Espiritual	495	26,8
Oración	74	4,2
Cristo y Virgen	12	0,6
Pastoral	190	11
Bíblica	63	3,6

Teología moral	28	1,6
Escolástica	10	0,5
Varios	45	2,6

LAICA

Gramática	199	11,4
Ciencia	13	0,7
Jurídica	4	0,2
Literatura	425	24,5
Clásicos	47	2,7
Historia	28	1,6
Varios	21	1,2
Total:	1.763	100

De la clasificación anterior destacan los bloques de espiritual y la creación literaria, ambos representan el 54% del total; por tanto, podemos obtener unas conclusiones similares a las deducidas del inventario de Pedro Durango. Resta señalar que Cristóbal Hernández también dedicaba parte de su negocio a la venta de estampas de imágenes sagradas y otros objetos devocionales (rosarios y crucifijos), una situación muy común entre los mercaderes de libros y acorde a la tan extendida demanda de una sociedad sacralizada como la de los siglos SVI y SVII; la oferta de estas impresiones experimentaría un importante auge durante la Contrarreforma. En este caso el documento recoge un total de 8.024 estampas y cientos de rosarios y pequeños crucifijos de bronce.

Centrándonos ahora en el estudio de los autores y títulos aparecidos en los inventarios, sin perder de vista las dificultades a la hora de identificarlos, comenzando por el de Pedro Durango, los libros de historia componen el capítulo numéricamente más importante; sin embargo, de los 753 registrados, 585 sólo constan como libros de historia de diferentes autores sin ninguna otra especificación, por lo que no podemos saber de qué obras se trata y limita las apreciaciones del análisis. Del resto sobresalen 72 ejemplares de los *Varones ilustres de Indias*, 13 *Historias de señoría*, 12 de *Isabel reina de Inglaterra*, 12 de la *Crónica del rey don Pedro*, 10 de la *Campaña de Roma*, 9 de la *Historia troyana*, 9 de *Carlos duque de Borgoña*, 5 de la *Historia del Gran Capitán* y 5 de la *Historia de los jarifes*. En menor proporción, no más de 3 ejemplares, la *Historia de los reyes godos*, *Las Navas de Tolosa*, la *Historia General*, la *Historia del rey don Rodrigo*, *Historia de las Indias* y el *Monserate* de Cristóbal de Virúes. En general se trata de unas obras cuyo contenido responde al relato de hazañas épicas, a modo de novelas de aventuras. Al respecto, T. Dadson, en un magnífico trabajo, puntualiza sobre lo complejo que puede ser distinguir la historia y la ficción en la literatura de la época⁽²²⁾; pero más sugerente me parece aún, cuando observa cómo España enviaba al Nuevo Mundo libros de entretenimiento y ficción, recibiendo a la par historias y relatos de la conquista.

En efecto, muy escasas son las crónicas o historias de las Indias que contienen los inventarios de los mercaderes aquí tratados. En cambio veamos el predominio de la ficción.

En el apartado de literatura, las novelas de caballería casi completan el capítulo con 97 ejemplares, dando pruebas de la persistencia de su popularidad a principios del siglo XVII, fecha en la que, en teoría, habían sido sustituidas por la afición a otros géneros⁽²³⁾. Este capítulo de ficción está representado por sus creaciones más difundidas: 27 *Florisel de Niquea*, 12 *Floranís de Castilla*, 10 *Palmerín de Oliva*, 9 *Amadís de Gaula*, 9 *Sergas de Esplandián*, 8 *Selidón de Iberia*, 5 *Lisuarte*, 4 *Amadís de Grecia* y 4 del *Caballero de Asisio*⁽²⁴⁾. Aparte del género caballeresco destacan títulos principales del período renacentista: 12 del *Orlando furioso* y 1 del *Orlando enamorado* de Ariosto, 2 de la *Araucana* de Ercilla y 2 de *Lusíadas* de Camoens. En otra faceta 9 de la *Primera parte del honesto y agradable entretenimiento de damas y galanes* de Juan Francisco Corbacho.

En la gramática, otro de los apartados representativos, es de notar la presencia de 48 ejemplares del habitual *Arte de la lengua castellana* de Antonio de Nebrija, uno de los libros más difundidos en la América hispana⁽²⁵⁾. Por lo demás, dentro de la temática laica, figuran clásicos grecolatinos como 3 de la *República* de Aristóteles, 4 de *Lucano*, 2 de las *Fábulas* de Esopo, César, Séneca, etc. Los libros científicos son pocos y con predominio de la medicina, entre ellos: 5 de Valles de Covarrubias, 4 de la *Historia de la medicina de Sevilla*, 3 del *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales...* de Cristóbal de Acosta y uno de Nicolás Monardes. También escasas son las materias como la jurídica, de la que hemos identificado el *Comentaría ad leges regias meliorationum* de Andrés Angulo; en política, 5 de los *Emblemas* de Andreas Alciato; y en música, algunos tratados de canto. Por último, en el apartado de varios hemos incluido 58 libros de difícil identificación y que no cuadran en los capítulos anteriores, como 14 ejemplares de la *Chronographía o repertorio de los tiempos* de Jerónimo de Chaves, 3 de filosofía, 3 de moral, etc.

Respecto a la literatura religiosa del inventario de Pedro Durango, el capítulo fundamental, conforme a los dictámenes de Trento, es el correspondiente al género ascético-espiritual, en el que destacan 26 libros del *Apocalypsim comentario* de Francisco de Ribera, 8 de *El modo de rezar el rosario* de Gaspar de Astete, 6 de los *Veinte discursos del credo ...* de Esteban de Salazar y 5 del *Arte dada del mismo Dios a Abraham, para le servir perfectamente* de Rodrigo de Solís. Llamativa resulta la corta cuantía de las obras de fray Luis de Granada, por ser el autor de mayor eco en el mundo hispano⁽²⁶⁾, tan sólo consta un ejemplar de su *Introducción al símbolo de la fe*; en la misma medida están las *Cincuenta oraciones fúnebres...* de Luis de Rebolledo, la *Primera parte de las Postrimerías del hombre* de Pedro de Oña, la *Segunda parte de la Sylva espiritual* de Antonio Alvarez y el *Conptemptus mundi* de Tomás de Kempis.

La hagiografía incluye obras muy variadas, aunque no los títulos que nos son más familiares(27). Está el *Flos sactorum* de Ribadeneyra, del mismo autor 2 de la *Vida del padre Ignacio de Loyola*; otros títulos son: *Vida de Santo Domingo*, *Vida y muerte del apóstol San Pedro* de Francisco Adame de Montemayor, *Vida de San Francisco de Paula* de Paolo Regio, *Vida de Santa Locadia* de Miguel Hernández, etc. Vinculado a este tema, he incluido un apartado sobre Cristo y la Virgen, en el que figuran 7 del *Retablo de la vida de Cristo* de Juan de Padilla y 2 de la *Universal redención, pasión, muerte y resurrección de Jesu Christo* de Francisco Hernández Blasco. Cerrando el bloque religioso van autores de la escolástica como Tomás de Aquino y Tomasso Vío, el capítulo de varios con 5 libros de música religiosa, la *Biblios*, la *Summa conciliorum* de Bartolomé de Carranza, el *Adversus omnes haereses* de Alfonso de Castro e, incluso, uno del *Corán*.

El inventario de Cristóbal Hernández presenta una gama mayor de literatura religiosa respecto a la laica, aunque no con grandes diferencias en cuanto a volumen. Al igual que en la mercancía de Pedro Durango, el género ascético-espiritual acapara las preferencias, se trata de un apartado muy diverso, en el que esta vez sí es fray Luis de Granada, circunstancia habitual en la época, el autor más representativo con 121 ejemplares del *Libro de la oración y meditación*; le siguen 73 del *Diccionario* de Jacome Carballo, 64 de la epopeya religiosa, escrita en Perú, de Diego de Hojeda la *Cristiada*, 26 de la *Perfección religiosa* de Arriaga, 13 de las *Meditaciones de la vida de Nuestra Señora* de Francisco Costero; de Cristóbal de Fonseca 42 de los *Discursos para los santos del evangelio de la Cuaresma* y 13 del *Tratado del amor de Dios*, 12 de la *Razón del pecado original* y 9 de la *Primera parte del consuelo de justos* de Pedro Maldonado. Este último autor también registra varios ejemplares de *Ejercicios para un oratorio*; todas estas obras representan en conjunto más del 70% del capítulo. Para finalizar haremos mención de algunos autores, de amplia difusión durante los siglos XVI y XVII, constatados en el documento, tales como: Antonio Álvarez, Juan de Dueñas, Alberto Magno, fray Luis de león, Pedro Calderón, Diego de Estella, Pedro de Oña y, siendo curioso para las fechas de los inventarios, Erasmo con 2 ejemplares del *Enchiridion*.

Lo abultado del capítulo dedicado a pastoral, derivado de la demanda del clero para llevar a cabo la evangelización de los indios, se debe a la inclusión de 113 catecismos en lengua española y quechua y 76 sólo en español. Lo mismo sucede con el de oración: los 68 ejemplares del *Modo de rezar el rosario...* de Gaspar de Astete casi lo completan. En cambio, la hagiografía presenta 32 libros, eso sí, la *Vida de santa Teresa de Jesús* de Francisco de Ribera cuenta con 24 ejemplares; los restantes, al estilo de los del inventario de Pedro Durango, algunos son: *Vida y milagros del glorioso San Antonio de Padua* de Fr. Miguel Mestre, *Historia de San Raimundo Peñaforti* de Vicente Miguel de Moradell, *Vida de San Ildelfonso*, tal vez de Francisco Portocarrero; *Vida de San Nicolás de Tolentino* de Francisco de Ribera, *Vida de San Roman*, *Vida y martirio de Santa Inés* de Eugenio Martínez, *Historia de milagros, éxtasis y*

revelaciones, etc. Menor proporción acaparan los libros sobre Cristo y la Virgen, con títulos como: 5 de la *Asunción de Nuestra Señora* de Francisco de Toledo, *La vida del dulcísimo Jesús*, *De la llegada de Cristo*, etc.

Los temas bíblicos aparecen entre los principales de la clasificación temática, pero la diversidad, no es mucha, pues 46 ejemplares corresponden a un libro de Salmos y casi todo lo demás a Evangelios. De los apartados restantes, en teología moral sobresalen 5 del *Summario de confesores y penitentes* de Martín de Azpilcueta, 3 del *Tratado de casos de conciencia* de Antonio de Córdoba, 2 de la *Summa summularum* de Gaspar Cardillo y las de Peraza, Ledesma, Mercado y Toledo. Sermonarios aparecen el de Pedro Bejarano, Baltasar arias, Peraza y Miguel Pérez; los 16 libros de la patrística son las *Epístolas* de San Jerónimo; en la escolástica, autores muy representativos como Domingo de Soto, Tomás de Aquino y Francisco de Vitoria; y en los cánones, el repertorio de Josephus Anglés. Al final, en varios, títulos como: *Profecías*, *Tratado de religión* y 17 de las *Rimas sacras* de Lope de Vega, autor de amplia presencia en la tienda de Cristóbal Hernández.

Por lo que respecta a la temática laica, de nuevo la literatura alcanza la primera posición, con un autor, y no es de extrañar, como estrella: 216 ejemplares de los *Soliloquios* y 3 del *Isidro* de Lope de Vega. La novela picaresca también está representada con uno de sus mejores exponentes, concretamente 47 ejemplares de la segunda parte del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán; según Leonard estos géneros se imponen en los gustos lectores a medida que decaen los libros de caballería(28). Al mismo tiempo figuran 24 de *La Arcadia* de Sannazzaro, una de las cumbres de la novela pastoril del Renacimiento; 12 del *Viaje al Parnaso* de Cervantes, 12 de *Sonetos* de Petrarca, 3 de *Sonetos* de Gracilazo y la *Propalladia* de Torres Navarro. En cambio, no ha aparecido ninguna novela de caballería, tan destacadas en el inventario de Pedro Durango y en el gusto de la sociedad colonial.

Numéricamente, un capítulo importante dentro de los temas laicos es la gramática, aunque sus títulos no son muy diversos: 93 del *Tesoro de la lengua aymara* de Ludovico Vertonio, 54 del *Vocabulario general de la lengua quechua*, 44 de la *Gramática o arte de la lengua general de los indios de los Reynos del Perú*, todas obras encaminadas a facilitar la evangelización y en general la comunicación entre españoles e indios(29). No está ausente Antonio de Nebrija con 5 ejemplares del *Arte de la lengua castellana*. Otra cuantía considerable alcanzan los clásicos grecolatinos y, como suele ocurrir, el documento sólo registra autores y no títulos, de este modo van 20 libros de Terencio, Plinio, César, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Virgilio, Marco Aurelio, Horacio y Esopo(30). Con un buen repertorio sigue la historia: 5 de la *Historia de España* de Mariana, junto a obras como *Las Navas de Tolosa*, *Historia de Etiopía*, *Historia de Francia*, *Historia de China*, *Historia de Cataluña*, *Historia de la reina de Sabya* y la *Historia eclesiástica de los cismas de Inglaterra* de Ribadeneyra. En ciencia otra vez es la medicina el capítulo central, con la

conocidísimas *Cirugía* de Fragoso y la de Hidalgo. Por último sólo quedan por mencionar 4 ejemplares del vocabulario jurídico de Nebrija.

Los géneros de ficción en el mercado

En la estructura temática global de los libros de ambos mercaderes, la literatura laica representa el 61,2% del total, frente al 38,8% de la religiosa. De ahí podemos concluir que las proporciones son el efecto inmediato de la demanda, tenían mayor cantidad de libros de contenido laico porque se vendían más; sin embargo, estaríamos cometiendo un error. El estado actual de nuestros conocimientos nos pone de relieve un predominio casi absoluto de los libros de carácter religioso, no siendo de extrañar si tenemos presente los patrones de conducta de la sociedad de los siglos XVI y XVII, sobre todo la del mundo hispánico. Se trataba de una sociedad sacralizada, en la que todas las manifestaciones de la vida humana estaban mediatizadas por la creencia religiosa, todo trascendía a Dios, al Más Allá y, en definitiva, a la salvación. La religión dictaba las normas de convivencia, enseñaba a morir y a vivir para gozar de la otra vida. Delimitaba las formas de relación con el poder, justificaba la desigualdad social, ofrecía la moral del mundo de los negocios y, lo más importante, daba sentido a una vida, para la mayoría de los hombres, plagada de miserias espirituales y materiales(31).

Debemos tener siempre presente que un inventario no es más que una instantánea de un momento determinado de los bienes de su titular, en concreto el del óbito, y por ello extraer conclusiones tajantes o definitivas puede conllevar errores importantes y distorsionadores de la realidad. En estos casos el perfil de la mercancía inventariada puede ser resultado de una coyuntura concreta: los libros no vendidos hasta el momento por ejemplo, o fruto de la especialización del mercader o de su abastecedor peninsular.

Todo lo anterior no quita importancia a la verdadera demanda de literatura laica, que realmente existió, ni a la popularidad de los géneros de ficción a lo largo de la Edad Moderna. I. A. Leonard ya dejó sentado al respecto los gustos de la sociedad colonial del siglo XVI; estudios posteriores demuestran la amplia difusión de títulos como el *Quijote*, el *Guzmán de Alfarache* o de las obras de Lope de Vega(32). Nos ha llamado la atención las proporciones que la temática alcanza en la mercancía de nuestros protagonistas, lo que de un modo u otro se traduce en una demanda efectiva, independientemente de que fuera inferior a los argumentos religiosos, volviendo a confirmar su presencia continua y considerable durante la época colonial.

En el capítulo de la creación literaria destacan los géneros de ficción, con especial relieve de la novela de caballería; pero también los títulos de historia aparecidos podrían estar en la misma línea, por su carácter narrativo y épico en torno a las hazañas de personajes o naciones(33). Lo mismo sucede con la hagiografía, compuesta de relatos en los que el santo es el héroe religioso de una trama novelada, un viaje iniciático en el que, al igual que el caballero, pero

con la fe como espada, trata de alcanzar la purificación a través de múltiples hazañas portentosas(34). Leonard dice que los libros de caballería eran los melodramas de la época, pero también pueden tener un cariz similar la historia, las vidas de santos, la picaresca, las obras de Cervantes y Lope de Vega; todos estos géneros, dejando aparte y no dudando de una finalidad didáctica, moralizante y paradigmática, o sea, el incentivo de determinados valores sociales, pueden ser utilizados como literatura evasiva, es decir, para entretener, divertir, hacer pasar un buen rato y escapar de la dura realidad.

El hecho de ser este tipo de libros minoritarios en los inventarios particulares estudiados y, por el contrario, de una presencia considerable, aunque inferior a lo religioso, en los registros de los mercaderes nos da pie para plantear algunas hipótesis. En primer lugar, advertir, como lo hiciera T. Hampe, que gran parte de las comedias y novelas cortas de la época circulaban en pliegos manuscritos y, por ello, no suelen dejar rastros en los inventarios de bibliotecas(35). No obstante, la mayor parte de los inventarios de bienes disponibles corresponden a grupos socioprofesionales de cierta formación intelectual y solvencia económica(36), con un claro protagonismo de clérigos, funcionarios y profesiones liberales; en menor medida, artesanos y mercaderes. De tal modo que el ejercicio profesional determina en gran medida la estructura temática; a la vez hemos de considerar la extensión del analfabetismo y de mínimos culturales, insuficientes para poder leer un libro. Ahora bien, el mundo lector no se restringía a los grupos mencionados, los sectores populares también participaban de la lectura, pues podía ser en voz alta y dirigida a más de una persona, práctica bastante generalizada entonces y poco frecuente hoy día ante el predominio de una labor personal y silenciosa(37) Ahora bien, si atendemos a los planteamientos de B. W. Ife, el número de lectores solitarios de literatura de ficción en prosa y en lengua vernácula experimentó un notable incremento en la España del Siglo de Oro(38).

La novela de caballería, las vidas de santos o el tipo de historia aquí constatada se creaban para públicos amplios. Son de una estructura y composición sencillas y enfatizan las pasiones humanas, lo que no quita que pudieran ser del gusto, y de hecho lo fueron, de los estratos sociales superiores. Estas circunstancias no escapaban a los exámenes de mercado de los libreros, quienes no sólo ofertaban libros a los espíritus selectos, también con la pretensión de aumentar la clientela, tenían presente una demanda de carácter más “popular”. Tampoco debemos pensar que el *Guzmán de Alfarache* sea de una lectura más sencilla que la de una obra espiritual, pues fue muy común, sobre todo en el Barroco, la producción de mucha literatura religiosa de masas, es el caso de la meditación realista(39). En definitiva, se leía tanto un arte de bien morir como una novela de caballería, ambos géneros no son excluyentes y cumplen funciones distintas e incluso complementarias; si bien, los moralistas de la época no veían con buenos ojos las “historias mentirosas” ni la ficción literaria en general, por considerarlas perniciosas para la evangelización de los indios y responsables de restar tiempo a otras lecturas del deber cristiano(40).

Otro factor explicativo está en las pautas de comportamiento social, comunes tanto ayer como hoy, en el entorno de los libros. Se suele mostrar a los demás y hacer alarde de lo que está aceptado en la comunidad, más en una cultura dirigida como era la del siglo XVII. Me inclino a pensar que la ficción literaria se leía con una intensidad y frecuencia que no muestran los inventarios, porque, como suele ser corriente en la actualidad, queda bien colocar en los anaqueles determinados autores de moda aunque no se lean y, a la vez, denostar géneros inferiores (pienso en la novela rosa) que, sin embargo, son auténticos superventas⁽⁴¹⁾.

Anotaciones

1. GARCIA-BAQUERO, Antonio: *Andalucía y la carrera de Indias* (1492-1824). Editoriales Andaluzas Unidas, Sevilla, 1986, pág. 49.
2. Una muestra de ese tipo de mercaderes, en el virreinato del Perú, estudié en mis tesis doctoral: *Dineros de aventura: la varia fortuna de la emigración a Indias* (siglos XVI-XVII). Servicio de Publicaciones de la universidad de Sevilla (en prensa).
3. Estas son las categorías inferiores de la clasificación realizada por Fernando IWASAKI CAUTI, en las que abundan inmigrantes pobres o recién llegados: "Ambulantes y comercio colonial: iniciativas mercantiles en el virreinato peruano". *Jahrbuch Fur Geschichte*, n°24. Colonia, 1987.
4. MORNER, Magnus : "Estratificación social de Hispanoamérica durante la época colonial". En *Historia General de América*. Presidencia de la República, Caracas, 1989, págs. 85-155.
5. Véase al respecto VILAR, Pierre : *Oro y moneda en la historia*. Edit. Ariel, Barcelona, 1981, págs. 92-105.
6. Sobre la importancia de la actividad mercantil de las oligarquías americanas se han realizado investigaciones importantes, de las que vamos a destacar la de PEÑA, José F. De la: *Oligarquía y propiedad en Nueva España*. 1550-1624. Fondo de Cultura Económica, México, 1983; para el caso peruano son muy sugerentes, a título de ejemplos, las de BRONNER, Fred: "Elite formation in seventeenth -century Peru", *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, n°24, Amsterdam, 1978, págs. 3-26; y el más reciente de RAMIREZ HORTON, Susan: *Patriarcas provinciales*. La tenencia de tierra y la economía del poder en el Perú colonial, Edit. Alianza, Madrid, 1991.
7. LEONARD, Irving A.: *Los libros del conquistador*. Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1979. Sobre los primeros envíos de libros a las Indias

- es fundamental el trabajo de GIL FERNANDEZ, Juan: "El libro grecolatino y su influjo en Indias". En *Homenaje a Enrique Segura Covarsí, Bernardo Muñoz Sánchez y Ricardo Puente Broncano*, Departamento de publicaciones de la Diputación provincial, Badajoz, 1986, págs. 61-111. Del mismo autor: "Libros, descubridores y sabios en la Sevilla del quinientos", capítulo introductorio de *El libro de Marco Polo*. Edit. Alianza, Madrid, 1987, págs. I-LXIX.
8. No es mucha la bibliografía existente sobre libreros españoles en Indias y sus actividades económicas, concretamente para el Perú podemos citar el trabajo de HAMPE MARTINEZ, Teodoro: "Presencia de un librero medinense en Lima (Siglo XVI)", *Revista Histórica*, XXXIX. Lima, 1988, págs. 103-112.
 9. Los documentos los hemos obtenido de los Autos de Bienes de Difuntos, institución encargada de inventariar y hacer llegar a España los bienes, convertidos en numerario, de los españoles fallecidos en Indias sin herederos, para así hacerlos llegar a sus sucesores. Dichos expedientes forman una serie en la Sección de Contratación del Archivo General de Indias.
 10. De hecho en la muestra que analicé aparecen desde virreyes, pasando por funcionarios y encomenderos, hasta vagabundos y aventureros: *Dineros de aventura...Op.Cit.*
 11. Las limitaciones sobre las fuentes y metodología de la historia de la lectura han sido magistralmente expuestas por CHARTIER, Roger: *El orden de los libros. Lectores, autores y bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Edit. Gedisa, Barcelona, 1994, págs. 23-41.
 12. Son muy significativas las visitas de navíos realizadas por la Inquisición en México y recogidas por FERNANDEZ DEL CASTILLO, Francisco: *Libros y libreros en el siglo XVI*. Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1982. Sobre la censura inquisitorial también son muy interesantes los estudios de FRIEDE, Juan: "La censura española en el siglo XVI y los libros de la historia de América", *Revista de Historia de América*, 47 México, 1959, págs. 45-94; y HAMPE MARTINEZ, Teodoro: "Una biblioteca cuzqueña confiscada por la Inquisición", *Anuario de Estudios Americanos*, 45, Sevilla, 1988, págs. 273-315.
 13. Esta circunstancia, de libreros que a la vez negociaban con mercería, ropas o ganado, fue bastante generalizada en las pequeñas y medianas localidades de la España del Antiguo Régimen, pues era difícil vivir exclusivamente de la venta de libros. Véase rojo vega, Anastasio: "Los grandes libreros españoles del siglo XVI y América". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 500, Madrid, 1992, págs. 115-131. El autor también

analiza los negocios que grandes mercaderes castellanos realizaron con el continente americano.

14. La documentación sobre Pedro Durango de Espinoza se encuentra en el A.G.I., Contratación, leg. 273, rº3.
15. BOYD-BOWMAN, Peter : “La emigración extremeña a América en el siglo XVI”. Revista de Estudios Extremeños, vol.2, Badajoz, 1988.
16. A.G.I. Contratación, leg.345A, rº11.
17. A.Rojo Vega también destaca esta modalidad de libreros ambulantes en las ferias castellanas que vendían libros en tiendas portátiles de madera: “Los grandes libreros españoles...”. Op. Cit.
18. Véase RODRIGUEZ VICENTE, Ma Encarnación: *El tribunal del consulado de Lima en la primera mitad del siglo XVII*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1960.
19. Un ejemplo es el estudiado por LOHMANN VILLENA, Guillermo: *Les espinosa*. París, 1968.
20. Esta tendencia entorno al 75% la proporción de la temática religiosa, suele ser la norma en las investigaciones sobre los libros de la época y así lo he puesto de relieve en una investigación sobre 444 inventarios postmortem de españoles residentes en el virreinato del Perú: “Los libros de los españoles en el virreinato del Perú. Siglos XVI y XVII”. *Hispania* (en prensa). Un porcentaje similar también obtuve en el estudio de una muestra de registros de navíos que contenían libros como mercancía: “El libro y la carrera de las Indias: registros, de ida de navíos”. *Archivo Hispalense*, 220. Sevilla, 1989, págs. 93-103. Otras muestras significativas, en la misma línea, son las de GRIFFIN, Clive: *Los Cromberger: la historia de una imprenta del siglo XVI en Sevilla y en México*, Ediciones de Cultura Hispánica. Madrid, 1991; GUIBOVICH, Pedro: “Libros para ser vendido en el virreinato del Perú a fines del siglo XVI”, *Boletín del Instituto Riva Agüero*, 13, Lima, 1984, págs. 85-114; HAMPE MARTINEZ, Teodoro: “The diffusion of books and ideas in colonial Peru: a study of private libraries in the sixteenth and seventeenth centuries.”, *Hispanic American Historical Review*, 73, Duke University Press, 1993, págs. 211-233; y KROPFINGER von KÜGELGEN, Helga: “Exportación de libros europeos de Sevilla a la Nueva España en el año de 1586”, en *Los libros europeos en la Nueva España a fines del siglo XVI*, Franz Steiner Verlag, 11-16, Wiesbaden, 1973, págs. 26-105.
21. Véase un estado de la cuestión referido al virreinato del Perú en HAMPRE MARTINEZ, Teodoro: “The diffusion of books and ideas in colonial Peru: a study of private libraries in the sixteenth and seventeenth centuries”. Op. Cit

22. DADSON, Trevor: "Libros y lecturas sobre el Nuevo Mundo en la España del Siglo de Oro". *Histórica*, XVIII, Lima, 1994, págs. 1-26.
23. Para un estudio detenido sobre la novela de caballería y su significación en la sociedad colonial remitimos a LEONARD, Irving A.: *Los libros del conquistador*. Op. Cit.
24. Todavía a principios del siglo XVII los impresos españoles continuaban editando libros de caballería, hecho que viene a corroborar su perdurable demanda y popularidad. Véase el trabajo de RUSSELL, P.E.: "The Last of the Spanish Chivalric Romances: Don Policisne de Boecia". En *Essays in Narrative Fiction in the Iberian Peninsula in Honour of Frank Pierce*, de R.B. TATE. Dolphin, Oxford, 1982, págs. 141-152.
25. Véase TORRE REVELLO, José: *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación hispana*. Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, 1940.
26. Véase BATAILLON, Marcel: *Erasmus y España*. Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
27. Nos ha sido de una gran ayuda para la identificación de las vidas de los santos el repertorio de JOSE SIMON DIAZ: "Hagiografías individuales publicadas en español de 1480 a 1700". *Hispania Sacra*, 30, Madrid, 1977, págs. 421-80. Debo llamar la atención sobre las dificultades que entraña identificar este género librario, dada la multitud de obras que circulaban con títulos muy parecidos; pero, aun siendo consciente de un alto margen de error, he preferido hacerlo en función de los datos contenidos en los inventarios y cuando ha sido posible.
28. LEONARD, Irving A.: *Los libros del conquistador*. Op. Cit., pág. 255
29. Sobre la cuestión no debemos dejar de mencionar el trabajo de HAMPE MARTINEZ, Teodoro: "Lexicografía y cultura. Diccionarios de lenguas europeas e indígenas en las bibliotecas del Perú colonial (siglos XVI-XVII)". En *Hommage au professeur Saint-Lu*, Presses de la Sorbone Nouvelle, París, 1993, págs. 75-101.
30. Sobre el tema es fundamental el magnífico trabajo de GIL FERNANDEZ , Juan: "El libro grecolatino y su influjo en Indias". Op. Cit.
31. Véase CARO BAROJA, Julio: *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*. Edit. Sarpe, Madrid, 1985. De CHRISTIAN, William A.: *Local religion in sixteenth-century Spain*, Princeton University Press, New Jersey, 1981; *Apparitions in late Medieval and Renaissance Spain*, Princeton University Press, New Jersey, 1981.

32. HAMPE MARTINEZ, Teodoro: "El eco de los ingenios: literatura española del Siglo de Oro en las bibliotecas y librerías del Perú colonial:." *Histórica*, XVI, n°2, Lima, 1992, págs. 177-201.
33. T. Dadson opina que las hazañas de Amadís, Florisel o Palmerín, no serían muy diferentes a las de Cortés o Pizarro. A un español del siglo XVI que no llegara a conocer el Nuevo Mundo, los relatos de los cronistas les parecerían cuentos fantásticos. Véase: "Libros y lecturas sobre el Nuevo Mundo.". Op. Cit.
34. José L. SANCHEZ LORA, en su magistral estudio sobre la hagiografía barroca, no duda en calificar de auténticas novelas a los relatos de vidas de santos, aunque con un marcado matiz didáctico, moralizante y paradigmático: *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca*. Fundación Universitaria española, Madrid, 1988, págs. 359-455. Para el caso peruano contamos con el excelente trabajo de IWASAKI CAUTI, Fernando: "Vidas de santos y santas vidas: hagiografías reales e imaginarias en Lima colonial:." *Anuario de Estudios Americanos*, LI, Sevilla, 1994, págs. 47-64. El autor destaca que la proliferación de la hagiografía peruana se debe, entre otras razones, a la necesidad de mostrar al mundo católico los frutos de la evangelización.
35. HAMPE MARTINEZ, Teodoro: "El eco de los ingenios...".Op. cit.
36. Remitimos a la bibliografía citada a lo largo de este trabajo.
37. Sobre la lectura en voz alta durante la Edad Moderna es muy sugerente el libro de CHARTIER, Roger: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Edit. Gedisa, Barcelona, 1992, págs. 121-145.
38. IFE, B.W.: *Lectura y ficción en el Siglo de Oro. Las razones de la picaresca*. Edit. Crítica, 1991, pág.7.
39. En la cuestión también incide SANCHEZ LORA, José L.: *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad*.
40. Un buen estado de la cuestión sobre el tema recoge LEAL, Ildelfonso: *Libros y bibliotecas en Venezuela colonial (1633-1767)*. Academia Nacional de Historia, Caracas, 1978.
41. No quisiera terminar sin una nota de reconocimiento hacia las personas que han hecho posible que este trabajo viera la luz. Por ello, vaya mi más sincera gratitud para Clive Griffin, sabedor de libros y tórculos, quien lo leyó atentamente y con sus orientaciones lo mejoró en demasía; y, cómo no, a Teodoro Hampe, amigo y buen conocedor de la materia que me abrió las puertas de *Histórica*.

